

LOS SINDICATOS «AMARILLOS»

Ante el desarrollo de las organizaciones obreras de carácter socialista o anarcosindicalista, y el aumento de la conflictividad social visible desde comienzo del siglo XX, algunos patronos y miembros de la jerarquía eclesiástica se plantearon la necesidad de crear organizaciones alternativas —los sindicatos católicos— para servir de freno al avance de las ideas socialistas y ayudar a los patronos en las huelgas de cualquier rama de la producción. El carácter de tales organizaciones ha determinado el desinterés de la mayoría de los historiadores del movimiento obrero hacia ellas, del que sólo son excepción algunos trabajos recientes —en especial el de **Juan José Castillo, El sindicalismo amarillo en España**, objeto de esta nota (1).

Dentro del complejo entramado de estos sindicatos, el análisis de Castillo se centra fundamentalmente en la formación y desarrollo de los sindicatos católicos de mineros y ferroviarios sostenidos por el marqués de Comillas y los jesuitas durante el decenio de 1912 a 1922. El límite cronológico resulta justificado, si se tiene en cuenta que la primera gran huelga ferroviaria española estalló en 1912, y que diez años más tarde los patronos no se habían recuperado de las consecuencias de la huelga revolucionaria de 1917 y de la crisis económica subsiguiente a la Primera Guerra Mundial. Para el autor, la fundación de estos sindicatos católicos, nacidos de la mano de los curas de los pueblos y de los propagandistas católicos, y que contaban con el beneplácito de los obispos y

de los dueños de las compañías mineras y ferroviarias, sólo puede explicarse por referencia al desarrollo de la lucha de clases y del enfrentamiento ideológico que trajo consigo. Como demuestran los numerosos textos citados en el libro, los Sindicatos Católicos nacieron con el único objetivo de combatir al socialismo y a las organizaciones auténticamente obreras. Para conseguir estos fines, los católicos utilizarían todos los medios a su alcance: desde la propaganda antisocialista más burda y el uso de las armas en las huelgas y manifestaciones promovidas por los socialistas, hasta la intervención de los obreros católicos como rompehuelgas y esquirolas frente a su propia clase. Como tales son denunciados por los periódicos obreros: «Para ellos [los católicos] más importante que practicar la teoría cristiana era combatir a los obreros organizados», decía en 1920 un editorial de **El Comunista**.

El primero de los dos sindicatos antes citados, el de ferroviarios, nació el 5 de febrero de 1913 en Valladolid tras la primera huelga ferroviaria de 1912, con el nombre de **Sindicato Católico de los ferroviarios españoles**. Desde su fundación, la misión principal de sus afiliados consistiría en salvaguardar el orden utilizando todos los medios que los pa-

tronos y el Gobierno ponían a su disposición. Según un editorial de **El Debate**: «En días de huelga, cuando constituyen tabla de salvación, se les dice [a los ferroviarios] que vayan seguros al trabajo porque estarán protegidos, y encuentran la estación y los talleres tomados por los socialistas, y vense en la precisión de abrirse camino revólver en mano». Por ello, al declararse la huelga revolucionaria de 1917, los trabajadores católicos de Valladolid acudieron al trabajo y repartieron propaganda contra los huelguistas. Como ejemplo de su actuación, Castillo —entre la numerosa documentación de primera mano consultada por él— inserta un pasquín difundido por el Sindicato Católico de ferroviarios con el título de **Mandamientos que se deben guardar para salvarse la Compañía de Caminos de Hierro del Norte**, en el que, entre otros, pueden leerse los siguientes: «El primero, echar fuera de la Compañía a los anarquistas y revolucionarios, porque los ferrocarriles de una nación no pueden estar confiados a los traidores de la Patria (...) El noveno, obedecer a los jefes, tratar bien a los obreros y mejorar su situación».

Por su parte, el Sindicato Minero se constituyó en 1918, y este mismo año el marqués de Comillas —«patrono ejemplar» y fundador de la Defensa Ciudadana— se decidiría a financiar a estas dos organizaciones, relacionadas a través de un Secretariado conjunto. Pero tras la muerte de Comillas, ambos sindicatos desaparecerían en un plazo corto. En opinión del autor, que incluye ejemplos de las distintas ciudades donde tuvieron implantación, el fracaso de los Sindicatos Católicos se produjo por la vinculación de sus asociados a las empresas, y por otro lado, por el escaso número de miembros con que contaban, de los cuales, además, la mayoría eran obreros cualificados y técnicos (2). Ambos factores determinaron la escasa cre-

(1) **Juan José Castillo: El sindicalismo amarillo en España** (Editorial Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1977). El duro calificativo recogido en el título aparece justificado por Castillo: «Explico aquí algo que era contemporáneamente evidente para la clase obrera: los sindicatos católicos son sindicatos amarillos, y armas patronales que, con buena o mala fe en sus protagonistas, que eso no se entra a discutir (...) sirvieron para combatir las organizaciones de la clase obrera, anulando parcialmente las conquistas por esta conseguidas».



(2) En concreto, los afiliados al Sindicato ferroviario a finales de 1919 no sobrepasaban —según el cálculo de Castillo— la cifra de 2.400, muy inferior a las apreciaciones propagandísticas difundidas por la prensa católica o los documentos de la citada organización.

dibilidad de tales sindicatos, y su rechazo por la mayoría de los trabajadores de las principales zonas industriales del país. Y a la vez justifican la cerrada oposición de las organizaciones auténticamente obreras a tener alguna relación con ellos: por ejemplo, en 1919, Saborit diría en el Parlamento, para justificar la negativa socialista a participar en los comités paritarios si en ellos estaban representados los católicos: «(...) lo que hemos rechazado, lo que rechazaremos es la convivencia con unos organismos de apariencia obrera, pero que no tienen finalidad obrera y que en la práctica no han hecho, no hacen, ni desgraciadamente harán, sino una cosa: servir de instrumento a la clase patronal para actuar de rompehuelgas».

En conjunto, el estudio de Juan José Castillo representa una primera —y muy valiosa— aproximación a un tema descuidado hasta el presente, pero de vital importancia para un conocimiento completo de nuestra historia social. Esperemos que el autor complete esta primera entrega con la publicación del conjunto de su investigación, que puede dar luz sobre toda la evolución del Sindicalismo católico en nuestro país. ■ **MARIA RUIPEREZ.**

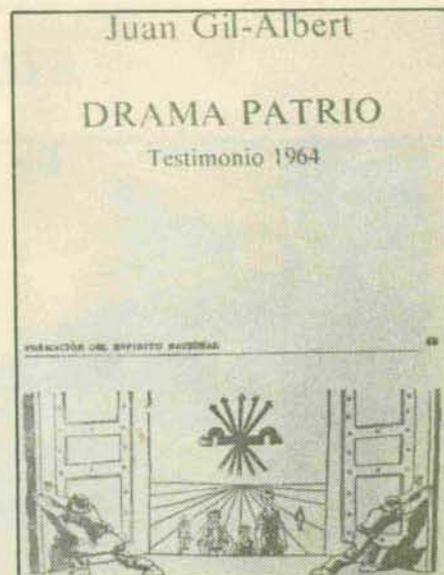
ESPAÑA, VISTA POR UN HOMBRE HONESTO

La Historia es algo que la memoria y la imaginación de los hombres moldea a su capricho; no es una ciencia, sino un arte, como la poesía. Por eso, un poeta —y, por cierto, excelente— como **Juan Gil-Albert** hace en su libro «**Drama Patrio**» (1) un trabajo de historiador que muchos profesionales de esta rama del saber envidiarían. Es una visión de la España contemporánea, retratada por un hombre honesto; por un hombre que ha sufrido en su carne los acontecimientos más importantes de la España de este siglo

—derrumbe incruento de la Monarquía, guerra civil y postguerra, pasando por las vicisitudes del exilio que a tantos afectó, y por las no menos dolorosas y graves vicisitudes del regreso a un país dominado por aquellos mismos que le forzaron a marcharse.

Queda fuera de toda duda el inmenso talento literario que tiene Juan Gil-Albert, talento que en muchas ocasiones bordea lo que llamamos «genialidad»: su buena escritura, su impecable decir, va aliado con una meridiana claridad de pensamiento, y con una visión del mundo certera y esclarecida. Junto a estas cualidades, presentes tanto en su importantísima obra poética como en su narrativa y en sus trabajos autobiográficos, hay que añadir otra, más importante aún, si cabe: una férrea honestidad, un sentido profundo de la dignidad y el respeto a sí mismo, que ya quedó claro en «**Heraklés**» (2), su ensayo literario sobre la homosexualidad. Aunque podamos no estar de acuerdo con las opiniones expresadas en aquel libro, aunque a veces nos parezca que su visión del problema homosexual es incompleta, nunca dejaremos, sin embargo, de admirar a quien lo ha escrito: Gil-Albert tuvo la osadía de escribir sin recato de un tema que todavía resulta casi tabú entre nosotros, y además en los años cincuenta.

Algo parecido ocurre con «**Drama Patrio**». Gil-Albert no se erige, en ningún momento, en intérprete objetivo o testigo imparcial de la historia; antes bien, explícitamente rechaza cualquier objetividad. El mismo forma parte de la historia que cuenta, y sus juicios se basan no solamente en la experiencia y en el recuerdo, sino en categorías morales. Por lo tanto, podemos no estar de acuerdo —a mí mismo me ocurre— con su interpretación del «drama patrio» que ha supuesto este último siglo español, y sin embargo sentir una enorme simpatía por alguien que, como Juan Gil-Albert, dice su sentir sin más ánimo que el de expresarlo, sin partidismo de ninguna clase, tratando de ser, simplemente, un **hombre de opinión** —así es como él mismo se califica—, que se quiere, ante todo, libre.



Libertad esta que podríamos calificar de engañosa, puesto que no hay libertad posible sin compromiso, no hay libertad si no es **contra** algo, y Gil-Albert rechaza todo compromiso, precisamente. Engañosa, pero no cobarde opción, pues el hombre que la ha tomado es un hombre virtuoso, en el más profundo sentido de la palabra: su virtud tiene algo de clásico, de romano. Critica a su patria y a los hombres de su patria, pero jamás los rechaza y, por encima de todo, trata de comprender incluso a quienes fueron sus enemigos; se duele de lo que le ha tocado vivir, y se conduce con los demás, pero siempre de una manera noble, sin rencores ni odios. Su propia vuelta del exilio en tiempos en los que aún podía temer la persecución o, por lo menos, el rechazo por parte de los vencedores de la guerra civil, es un acto moral noble y valeroso: y su libro, escrito en el año 1964, cuando Franco celebraba sus bodas de plata con el Poder, es una prueba más de su valentía. ■ **EDUARDO HARO IBARS.**

DE LA OBJETIVIDAD EN LA HISTORIA

Un acontecimiento histórico como, por ejemplo, la Revolución francesa es algo perfectamente localizable

(1) Tusquets Editor. Colección «Marginales».

(2) Taller de Ediciones J/B.